

LOLES LÓPEZ

ME LO ENSEÑÓ UNA BRUJA



*Me lo enseñó
una bruja*

Loles López

Esencia/Planeta

© Loles López, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Kiselev Andrey Valerevich - Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: abril de 2016
ISBN: 978-84-08-15262-0
Depósito legal: B. 2.991-2016
Composición: Tiffitext, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El espectacular navío *Costa Favolosa* se deslizaba con ligereza sobre las aguas del mar del Norte, casi no se percibía el vaivén de las olas al romper contra su gran casco. El barco acababa de zarpar desde el puerto de Copenhague con destino a los fiordos noruegos y, aunque debería estar feliz de poder encontrarse en aquel cruce-ro, por gentileza de su buen amigo Andreas, algo le decía a Sofía que aquello no había sido buena idea. No era que no le gustase el mar o viajar, su desazón venía causada por el hecho de que había sido víctima, una vez más, de las alocadas ideas de su amigo, que la había empujado a realizar su primer viaje Single...

Sofía no era una mujer a la que le agradase pregonar su soltería, que ya duraba un año, ni tampoco le emocionaba asistir a fiestas temáticas para solteros; ella prefería pensar que el amor llegaría cuando estuviese preparada y que no hacía falta andar buscándolo. Pero no contaba con la persuasión de Andreas, que era incapaz de estar soltero más de un mes y que necesitaba fervientemente conocer hombres para poder hallar, al fin, a su pareja ideal. Todo ello iba acompañado por el hecho de que Sofía llevaba unos días recibiendo ramos de flores sin tarjeta, algo que la hacía pensar que alguien de su entorno quería seducirla con galantería, como a ella —en teoría— debería gustarle, pero aún no tenía ni siquiera una pequeña pista de quién estaba detrás de aquellos detalles anónimos.

—Sofía, esto es increíble, las maletas ya están en el camarote... Esto sí que es un servicio completo —comenzó a decir Andreas, mientras se acercaba a ella.

—Con lo que has pagado, hasta debería estar colocada la ropa en el armario... —farfulló Sofía, volviéndose para observar a su amigo, que la miraba con una ceja enarcada.

—A ver, señorita Gruñona, ¿qué fallo tiene este barco? —pre-

guntó él con los brazos en jarras y mirándola con cara de desaprobación, consciente del carácter crítico de su amiga.

—De momento ninguno... Pero acabamos de zarpar, es demasiado pronto para hacer una valoración en profundidad... —musitó ella, intentando no echarse a reír por la postura que adoptaba Andreas al mirarla.

—Dijimos que en este viaje íbamos a disfrutar al máximo y a conocer gente, por lo que estar aquí observando el mar y la lejanía no cumple con lo estipulado... Anda, muévete y vamos a tomar nos unas copas de champán bien fresquito, rodeados de personas solteras —dijo él, mientras la arrastraba hacia uno de los salones de cubierta, donde había preparada una fantástica recepción para los viajeros; para que comenzasen a dejarse ver y así poder disfrutar desde ese momento de aquel viaje temático.

Al entrar en aquel salón, Sofía se fijó en que ya se habían formado varios grupos de hombres y mujeres, que hablaban animadamente, levantando tanto la voz que era posible oír sus conversaciones sin esfuerzo. Eso hizo que arrugase la nariz; no le gustaba aquella muestra excesiva de confianza cuando acababan de conocerse hacía apenas unos minutos. Observó la decoración exquisita de aquella sala, que se encontraba en uno de los laterales del barco, desprovista de paredes y sólo cubierta con un toldo confeccionado con varias telas de diferentes tonalidades de azul que dejaban que el sol entrase tímidamente entre ellas. En la parte derecha había una gran barra de bar, donde varios camareros vestidos con un uniforme blanco y azul marino servían con eficacia alcohol a los alegres *singles*. Se fijó en que, a medida que los minutos avanzaban y el consumo de las copas aumentaba, el ambiente se volvía cada vez más desinhibido y que algunas de las personas que se encontraban allí se fijaban en una u otra presa...

A Sofía aquello le recordaba a una selva por la que andaban los animales en libertad, donde los machos alfa estaban dispuestos a encontrar a un hembra con la que copular y saciar su instinto más carnal, mientras las hembras, desesperadas por dar con un macho con el que perpetuar la especie, buscaban uno al cual cazar para el resto de sus vidas; se parecía más a eso que a un grupo de personas

dispuestas a divertirse, como le había jurado su amigo una y otra vez cuando le contó a qué tipo de viaje irían. Sofía sabía lo que era sentirse así: querer tener a alguien al lado a toda costa. Pero ya se le había pasado esa época de obsesión por encontrar pareja, que comenzó siendo bastante joven, influenciada por su entorno. Los hombres que había conocido, y con los que había mantenido una relación, no habían sido como los imaginaba y los pocos que se le acercaban no cumplían sus requisitos mínimos. Porque a medida que cumplía años se iba haciendo más exquisita y exigente y necesitaba más, mucho más, de los hombres que conocía.

—Ay, Sofi... Al lado de la barra, el hombre que lleva la camisa morada medio desabrochada. Mirada oscura, cuerpo de infarto, preciosa sonrisa... ¡¡Me he enamorado!! —exclamó Andreas de manera teatral, mientras lo miraba embobado.

—No está mal... Pero ¿tú crees que entiende? —preguntó Sofía, observando a aquel hombre, que sonreía sin parar mientras hablaba con sus amigos.

—¡Pues claro! Tengo un radar que me dice quién es gay y quién no —respondió Andreas guiñándole un ojo y aguantándose la risa—. Lo que ocurre es que te ha gustado para ti y me lo quieres quitar, mala pécora... —añadió, mirándola detenidamente.

Su amiga iba como siempre impecable, con un precioso vestido blanco de media manga recto y unos zapatos de tacón. El cabello lo llevaba suelto, con sus ondas castañas balanceándose al compás de la brisa marítima. Era alta, más que la media, y aun así no se privaba de utilizar altísimos tacones para estilizar sus ya de por sí largas piernas.

—Para nada... No es mi tipo —contestó Sofía, observando al hombre en cuestión y dejando a Andreas con la boca abierta.

—Pero si está buenísimo —señaló él molesto, admirando la belleza de aquel hombre que hechizaba a toda la sala.

—Bueno, a mí no me gusta, Andreas. —Sofía sonrió—. Pero eso no quita que esté bien y vea lógico que tú te sientas atraído por él —comentó, mientras se llevaba la copa de champán a la boca con elegancia y finura.

—Ven conmigo, vamos a presentarnos —dijo él, cogiéndola

de la mano y llevándosela hacia donde estaban el desconocido y sus amigos.

Sofía tuvo que coger con fuerza la copa para que no se derramara nada por el camino ante la impulsividad de Andreas.

El grupo de hombres a los que se acercaban con determinación los observaban con mayor curiosidad a medida que se iban aproximando a ellos. Sofía los miró con atención; rondarían los treinta y pocos años, se parecían bastante en la manera de vestir, con camisas y pantalones vaqueros estrechos, peinados con tupé y con una sonrisa blanquísima. Parecía que Andreas y ellos frecuentaran las mismas tiendas de moda. Su amigo llevaba aquel día una camisa de color mostaza que hacía resaltar el moreno natural de su piel.

Sofía estaba acostumbrada a ser su carabina. Andreas siempre la llevaba con él por si se equivocaba y el hombre que le había gustado no era gay; así podía decir que era ella la que estaba interesada y salir airoso de una situación un poco vergonzosa...

En todos los años que llevaban siendo amigos, Andreas sólo se equivocó una vez, y de esa manera tan poco convencional Sofía conoció a su última pareja, Borja, alias Don Machoman...

Andreas se puso delante de aquel hombre que lo había hechizado nada más atravesar el salón y se presentó con una sonrisa, mientras Sofía observaba la conversación y los gestos del desconocido, que se presentó como Marcos. Al poco fue arrastrada al resto de las presentaciones y a las típicas conversaciones sobre procedencia, edad y oficio... A los pocos minutos, al ver que su amigo estaba absorto en una conversación bastante íntima con el hombre de la sonrisa blanquísima, se excusó con educación con los amigos de éste y se dirigió a su camarote en busca de algo de soledad para poder decidir qué iba a hacer en aquel barco repleto de solteros con expectativas tan precisas y claras.

Su camarote se encontraba en la parte inferior del navío y tuvo que bajar diez pisos en el espectacular y luminoso ascensor, para llegar al puente donde estaba su dormitorio. Un letrero colgado del pasillo anunciaba que aquella planta recibía el nombre de «AL-HAMBRA»; eso la hizo sonreír. Al entrar en su camarote, se dio cuenta de que era interior y que no tenía ni una triste ventana. Para ella

el espacio era pequeño, acostumbrada como estaba a habitaciones de hoteles de cinco estrellas, pero no estaba mal, y no podía quejarse mucho, pues había sido un regalo de su amigo y ella sabía que Andreas no podía permitirse escoger un camarote de mayor categoría.

En medio del habitáculo había una gran cama de matrimonio, con una colcha de color blanco y rojo, y varios cojines, también rojos, dispuestos con elegancia. Tenía al lado una mesilla encastada en la pared y justo enfrente un pequeño escritorio de madera con una silla del mismo tono rojo que la colcha. De la pared colgaban varios cuadros que retrataban el mar con pinceladas precisas y en diferentes tonalidades de azules, y en una de las paredes había un televisor de plasma que se podía ver desde la cama con total comodidad. En el lateral derecho una puerta daba a un pequeño cuarto de baño completo y justo al lado de ésta se encontraba el armario.

Sofía cogió la maleta de los pies de la cama, la puso encima y comenzó a organizar su ropa lo mejor que pudo. Cuando acabó, vio que en el escritorio había unos folletos donde se explicaba todo lo que se podía hacer a bordo, además de un pequeño plano del barco con los nombres de las diferentes cubiertas; todos ellos eran de lugares de interés arquitectónico y cultural, como por ejemplo: Versalles, El Escorial, Tivoli, museo del Hermitage... y así hasta completar los catorce niveles con los que contaba aquel espectacular barco. Observó que había varios gimnasios, además de piscinas y spas, y decidió visitar alguno. Todavía quedaban unas horas para que sirvieran la comida y así podría aprovechar el tiempo haciendo deporte.

Se puso un conjunto Adidas de color negro y rosa, se cepilló el pelo y se lo ató en una perfecta coleta, se calzó sus zapatillas a juego con la ropa y salió del camarote dispuesta a borrar aquella sensación de que no pintaba nada allí. Recorrió el pasillo de moqueta azul y se dirigió hacia el ascensor. Subió hasta la planta donde se encontraba la zona de los gimnasios, que recibía el nombre de «LUXEMBOURG», y se encaminó hacia la puerta donde, en un cartel escrito en varios idiomas, se leía la palabra «GIMNASIO». Entró y se

dio cuenta de que era la única que había despreciado una copa en compañía de otros solteros para irse a sudar. Estaba acostumbrada a ser el bicho raro del lugar, la mujer a la que le costaba abrirse a los demás, la que prefería la soledad que intentar mantener una conversación vacía con un desconocido; así era Sofía para el resto del mundo, alguien que no se mezclaba con la gente, a quien le costaba relajarse en presencia de extraños...

Dejó la toalla que se había llevado en la máquina de al lado y se puso en la cinta de andar a máxima velocidad, para empezar a despejar su mente e intentar centrarse en lo que verdaderamente importaba de aquel viaje: su amigo. Mientras observaba las grandes cristalerías que tenía delante y que ofrecían una preciosa panorámica del mar meciéndose por el movimiento de la embarcación, se obligó a cambiar su actitud arisca y a divertirse con aquella locura de viaje, pues Andreas se merecía verla bien y no enfurruñada con la vida y, sobre todo, con los hombres.

En aquel momento, su amigo la necesitaba para superar la ruptura con su último novio, un músico bohemio al que conoció en un pub bastante hippie que Andreas frecuentaba con asiduidad. Según éste, fue amor a primera vista, comenzaron a hablar y al poco ya estaban retozando en el apartamento del músico. Estuvo tres meses en una algodonosa nube de felicidad y amor, bebiendo los vientos por aquel hombre esperpéntico que a Sofía no le hacía nada de gracia, pues parecía que estaba más pendiente de la música que de su amigo. Y el tiempo le dio a ella la razón, pues el músico se fue en busca de más fama y dejó a Andreas con el corazón roto y llorando por las esquinas. Pero a los dos días de aquella separación, apareció con dos pasajes para el crucero y con las altas expectativas de poder olvidar el dolor que le había causado aquel hombre, en aquel viaje repleto de personas como ellos, solteros y buscando algo parecido al amor...

Sofía estuvo corriendo sobre aquella cinta una hora y cuando acabó, exhausta y sudorosa, cogió la toalla para secarse y abandonó el solitario gimnasio. Tenía que ducharse y cambiarse para la comida. La parte buena de aquel viaje era que podía utilizar todos los modelitos de última moda que se había comprado aquel año y

que no le había dado tiempo a ponerse. Después de una refrescante ducha, escogió un precioso vestido del diseñador Giorgio Armani en color rosa palo, de corte recto y largo hasta la rodilla, que acompañó con unos preciosos Manolos fucsia de plataforma; se maquilló con suavidad, destacando sus labios con un color similar al de sus fantásticos zapatos, se dejó el pelo suelto y un poco húmedo para que no se le encrespara y salió en busca de su amigo, que no había dado señales de vida hasta entonces.

Mientras caminaba por cubierta lo llamó por teléfono. La sala donde se había celebrado el cóctel de bienvenida estaba vacía y sólo pudo ver a unos empleados del barco que limpiaban aquel espacio común. A la tercera llamada contestó un alegre Andreas, que le dijo que se hallaba en el restaurante del puente Villa Borghese. Sofía, con un resoplido para calmar sus nervios y reprimir su poco aguante ante aquellas situaciones en las que no sabía qué hacer ni adónde ir, se encaminó hacia donde estaba el loco de su amigo.

—¡Pareces una diosa! —exclamó él con entusiasmo al verla, mientras se acercaba a besarla en las mejillas.

—Y tú llevas la misma ropa... —observó Sofía, haciendo un mohín.

—Me he venido directamente de la fiesta. ¿Dónde estabas? Te he buscado... —explicó con los ojos brillantes, delatando que había bebido más de la cuenta.

—Dudo siquiera que te hayas dado cuenta de mi ausencia. Te he visto embelesado con el de la sonrisa Profident.

—Uf, Marcos... —murmuró Andreas, cogiéndola del brazo para acercarse más a ella y llevarla al interior del restaurante—. Sofí, es impresionante.

—Me puedo hacer una idea... —susurró, aguantándose la risa al ver lo rápido que su amigo se desenamoraba y se volvía a enamorar.

—Y en la cama es... —insinuó, mordiéndose el labio.

—¿Ya?! De verdad, tienes un problema con el sexo —sentenció Sofía.

—¿Problema? —replicó Andreas—. Sólo disfruto, Sofí; algo

que deberías hacer tú también... Dime, ¿cuánto tiempo llevas sin acostarte con alguien? ¿Un año? Eso lo veo un desperdicio de tiempo.

—Yo no puedo acostarme con el primero que me haga ojitos, Andreas... —contestó ella con solemnidad, mientras levantaba la barbilla haciendo que se le meciese el cabello.

—Sofía, eres demasiado exigente; debes relajarte y dejarte llevar —comentó él preocupado, mirándola fijamente.

—No creo que sea demasiado exigente, sólo pido que cumplan unos requisitos mínimos para poder pensar en tener algo con esa persona.

—A ver, enumérame esos requisitos... —pidió Andreas, negando con la cabeza y pensando que su amiga no iba a cambiar nunca, ya que aquel tema lo habían tratado con anterioridad y nunca llegaban a un acuerdo.

—Entiéndeme, no le pido que haya visitado la luna ni nada de eso, pero sí debe ser atractivo, culto, vestir con buena ropa y tener buenos modales para poder llevarlo a los eventos que frecuento habitualmente. Debe congeniar conmigo, ser lo más similar a mí en gustos, aficiones y clase social... Creo que no pido mucho —concluyó con serenidad.

—¡Madre mía! Sólo te falta pedirle la cuenta del banco y una analítica de sangre —comentó su amigo con estupor—. ¿Dónde dejas el amor, el romanticismo, el flechazo y las mariposas en el estómago?

—A mis veintinueve años ya no busco nada de eso; ahora necesito a un compañero de viaje, no a alguien que me trastoque la vida —respondió ella con aplomo.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! —exclamó Andreas de manera teatral, llevándose la mano a la boca, horrorizado por lo que acababa de oír—. Tú fuiste la culpable de que yo creyese en el amor perfecto, aquel del que se hablaba en las novelas que tú leías en la universidad. ¡Fuiste la culpable de que me hiciese escritor de novelas románticas! ¿Y ahora me dices que no crees en el amor? Lo siento, pero no me lo creo. Lo que ocurre es que Don Machoman te dejó demasiado tocada y desde entonces no has vuelto a

querer nada con nadie. Debes cambiar el chip ya y arriesgarte de nuevo.

—Estoy cansada de que siempre acabe igual —refunfuñó ella, observando el interior del restaurante, la elegancia en la combinación de colores, el cuidado de los materiales y la armonía de los mismos.

—¿No te das cuenta?

—¿De qué? A ver, ¡ilumíname! —soltó Sofía, mirándolo a los ojos.

—De que siempre acaba igual porque siempre te fijas en el mismo tipo de hombre: vanidoso, egocéntrico y egoísta.

—Vamos, que soy una especie de imán para lo mejorcito del país... —bufó ella.

—Más o menos. Para poder cambiar el final, debes comenzar a hacer las cosas de diferente manera...

—¿Y eso cómo se hace?

—¡Ay, amiga mía! Hoy es tu día de suerte, porque la inspiración está de mi lado. Primero de todo, vamos a sentarnos a la mesa de Marcos. Tranquila, he investigado y tiene amigos heterosexuales a los que seguro que fascinarás; después haremos una lista de los hombres potenciales de este barco con los que te gustaría tener algo y los desecharemos por completo. Luego nos fijaremos en los hombres a los que nunca se te ocurriría mirar.

—¡Estás como una cabra! —exclamó Sofía espantada.

—A grandes males, grandes remedios... —sentenció él con una sonrisa.

—Te lo digo desde ya: no pienso acercarme a nadie que no me guste, por tanto, dile a tu Muso que se quede quieto y que espere a que estés delante del ordenador para poder darte órdenes.

—¡Ay, Sofi! Relájate y disfruta de todas las maravillas que nos está ofreciendo este viaje. Mira, mira... —dijo, señalando con disimulo un grupo de hombres de unos cuarenta años, muy atractivos, que se quedaron observándola cuando pasó por su lado.

—¿Te he dicho alguna vez que eres un liante? —preguntó Sofía con una sonrisa, un poco más relajada.

—Sí, algunas veces... Pero sabes que sin mí, tu vida sería un au-

téntico muermo —comentó Andreas riéndose a carcajadas. Al darse cuenta de que Marcos lo saludaba desde el otro extremo del restaurante, él le respondió con el mismo gesto.

Sofía se dejó arrastrar por todo el restaurante de su brazo, mientras se daba cuenta de que su amigo tenía razón: sin él, su vida sería un auténtico aburrimiento. Repleta de obligaciones, de momentos solitarios y de falsedades. Andreas hacía que sacase un lado distinto al que mostraba habitualmente, con él se relajaba y era una mujer normal y corriente.

Pero lo que no sabía Sofía era que aquel viaje alocado que había accedido a emprender le cambiaría por completo la vida, haciendo que se preguntase qué estaría dispuesta a hacer en realidad para conseguir la felicidad, aquella que pensaba que no merecía alcanzar.